

testante, un folletito en donde indica, como el deber más apremiante, no una nueva cruzada contra las invasiones de la incredulidad, como pudiera creerse, sino una expansión de las puertas de la Iglesia, para que los partidarios de la incredulidad moderna, que no quieren admitir la Trinidad, la doble naturaleza de Jesucristo y los milagros, puedan entrar en ella con toda facilidad, y que las tendencias más diversas del presente adquieran derecho de ciudadanía en ella, como legítimas conquistas del espíritu de la época.

En el año 1888 de Cristo, el superintendente de Gotha, Otto Dreyer, publicó, para el jubileo de la gran Revolución, bajo el siguiente título que lo dice todo: *Cristianismo sin dogmas*, ⁽¹⁾ un librito, en el cual expone este principio: que el mundo no quiere oír hablar de dogmas, y que, por lo tanto, tiempo es de que se rompa el vaso precioso que contiene las doctrinas de la fe, para que exteriormente se derramen.

No hay duda de que la disolución del Cristianismo en el protestantismo moderno, despertó de su letargo á muchas almas honradas. Pero danse pocas que tengan valor para volver á la vida de la Iglesia y á la verdadera fe. Á lo más, se arrojan en brazos del pietismo. Pues bien, el mismo antiguo pietismo distinguióse casi siempre por una indiferencia tan grande respecto de la Iglesia, y del culto tributado á Dios en ella, como por su desafición respecto de la ortodoxia. Con su indiferentismo y su interpretación arbitraria de las verdades de la fe, hallábase muy cerca del racionalismo. Pero en ello, el moderno pietismo sobrepujó al antiguo.

Así es que las dos famosas cuestiones presentadas por Strauss, en su libro *La fe antigua y la nueva fe*, eran desgraciadamente muy naturales. ¿Somos todavía cristianos?—pregunta.—¿Tenemos aún religión? Y lo mismo á la una que á la otra, el *enfant terrible* da, en nombre de sus correligionarios protestantes, la espantosa respuesta: ¡No!

(1) Respecto á las tendencias del neo-cristianismo, véase el docto libro del Abate Klein.—N. del T.

Y, lo que es más triste, entre ellos, no se dió uno para contradecirlo.

Ese hombre sabía perfectamente á qué atenerse. Antes, había clasificado á sus partidarios en hombres completos y en semi hombres. Los acontecimientos diéronle la razón. Los hombres completos aclamáronle cuando dijo con franqueza: No hay cristianos ni religión entre nosotros. Y los semi hombres, que le atribuían más sinrazón que acierto, contentáronse con gemir. Sabía él por anticipado lo que sucedería. Sin eso, no se hubiera atrevido á llevar tan lejos su audacia. Él mismo habíase dado gran trabajo para que las cosas llegasen á tal punto. Igualmente, entre los suyos, era él quizá el único que comprendió por qué no tenían derecho á llamarse cristianos. En todo caso, él fué el primero en confesarlo.

Desde entonces, muchos tuvieron valor para repetir estas palabras. «No hay más que una sola cosa—dicen ellos, como él, en el prefacio de la edición popular de su *Vida de Jesús*—que sepamos y creamos firmemente, y es que nada hubo de sobrenatural en la persona y en la obra de Jesús». ⁽¹⁾

Así, pues, limitan el protestantismo á un solo artículo de fe, á saber, la negación de lo sobrenatural. Lo que la *Asociación libre* fundada en Marbourg por el profesor Bayrthoffer declaraba ser el programa de su fe, en 7 de Febrero de 1847, podría bien expresar de la manera más clara el resultado final del movimiento comenzado por el racionalismo. «Libertada del dualismo de la humanidad y de la divinidad,—decíase en esa declaración—libertada de lo de acá y de lo de allá, del propio modo que de las formas místicas, la vida cristiana comienza á adquirir claramente conciencia de sí misma, y se nos muestra como la

(1) Lacordaire tiene una hermosa frase, referente á la famosa obra del racionalista alemán: «Por causa vuestra,—decía á su auditorio de Nuestra Señora de París—he tenido que devorar aquellos cuatro tomos de un tedio trascendental». Renán, con su novela, que no historia, «La vida de Jesús», vistió á la francesa la pesada labor de Strauss; y el Abate Fremont nos dió su obra maestra, refutando esas atrocidades impías.—N. del T.

más perfecta humanidad libre, y como la humanidad—Dios del presente».

Cada cual podía ciertamente prever ya ese final por la historia del racionalismo. Pero cuando nosotros, cristianos, sacamos tales conclusiones, se nos tacha de exagerados. Esta vez, sin embargo, la lógica, la historia y la triste realidad, diéronnos la razón. La fe y la razón, lo pasado y lo presente, hácnos ver, de irrefutable manera, que hay en el pensamiento y en la vida religiosa un punto del cual depende todo, una base con la cual todo se sostiene, ó sin la cual todo se derrumba, lo sobrenatural.

6. Empeño del espíritu de la época en alcanzar lo sobrenatural.—Pues bien, ¿en dónde nos hallamos actualmente nosotros mismos tocante al conocimiento y estima de esa verdad fundamental? No hay para qué decir que mientras la Iglesia sea Iglesia, lo sobrenatural jamás desaparecerá del mundo. Es el lugar en donde hallará él siempre patria y refugio.

Mas hubo un tiempo, no muy lejano, en que lo sobrenatural no ejercía gran influencia en la mente y en la conducta de muchos miembros de la Iglesia. Influencia decimos. ¿Acaso no había entre nosotros muchos y muy influyentes hombres, los Launoi, los Baillet, los Hermant, los Isenbiehl, los Boos, los Rautenstrauch, los Bittola, los Eybel, los Febronio, que no podían dejar un santo en su urna, una araña en su lugar, una costumbre en su derecho, una devoción de la Iglesia, un principio de fe sin crítica? ¿No había hombres que no podían llorar bastante á causa de la pretensa manía de divinizar cuanto á la Iglesia atañe, hombres que no descansaban sin haber examinado con lente cuanto de extraordinario había en la vida de los santos, hombres que, según frase de Benedicto XIV, caían siempre en un estado de furor y de locura, cuando oían hablar de penitencia, de virtudes heroicas, de milagros, de apariciones y de profecías? ⁽¹⁾

¿Qué hicieron, pues, José II y el coro de terroristas

(1) Benedict. XIV, *De festis*, 2, 74.

franceses, sino poner en práctica lo que esos supuestos jefes de un catolicismo purificado habían dejado escrito?

¿No se vieron centenares de nuestros profesores y de nuestros pastores, que, en la época del libre pensamiento, consideraban el celo impetuoso de tantos destructores como todavía muy lento, muy tímido, sobrado lleno de consideraciones? Á excepción del pueblo creyente, ¿quién en aquella época no se vió tocado del espíritu de incredulidad ó de escepticismo? ¿No hubo hasta hombres ilustres, comenzando por Sailer y Rosmini, para llegar hasta Gunther y Oischinger, que pagaron tributo á las corrientes de la época?

Tales tiempos han pasado, ¡alabado sea Dios por ello! Desde que se terminaron las luchas ocurridas entre 1860 y 1880, la literatura católica demuestra, en tal sentido, un resurgir que da gozo el verlo, no obstante los esfuerzos formidables que todavía nos quedan por hacer para comprender lo sobrenatural en todo su alcance, y asimilárnoslo como en los antiguos tiempos.

En suma, el Espíritu Santo que reina en la Iglesia de Dios, muestra su acción de innegable manera, dando cierta inclinación á un concepto más profundo de la religión, el cual acentúa más lo sobrenatural.

Á pesar de eso, hay siempre gente que teme que la separación entre lo natural y lo sobrenatural pueda alejar de nosotros al mundo, y hacernos incapaces de mantener relaciones con él.

Llevamos siempre con nosotros esa inclinación hereditaria que nos legó la época del racionalismo, y que consiste en correr en pos del mundo, hacer cortesías respetuosas ante su civilización y sus caprichos diarios, como esos mendigos que no saben qué contorsiones hagan, para conseguir cinco céntimos que se les arrojan con desprecio.

Apenas una nueva filosofía panteísta y algunos sistemas absurdos han aparecido, cuando ya se creen algunos de los nuestros obligados á acrecer las luces de la Revelación con sus propias minúsculas luces. ¿Considera el mundo la historia como la única ciencia intelectual que pueda

contar con la aprobación de la época? Al momento parecemos que la teología la erró hasta el presente, porque no se cuidó de la historia, y que está perdida para siempre, si no reconoce á la Escuela Histórica como su maestra. Los adelantos hechos en las ciencias naturales y en la filología excitan justamente nuestra admiración. Mas, con celo infantil de novicios, creemos no poder estar á la altura de la época hasta que hayamos cambiado, descompuesto y sustituido las narraciones bíblicas por algunos desperdicios exhumados del cesto de los papeles del astrónomo, del químico, del físico, del geólogo y del lingüista.

En nuestro entusiasmo, no nos tomamos tiempo para examinar, á la luz de la Revelación, las pretensas conquistas de esas ciencias recién nacidas. Pues, para reivindicar la gloria de cerebros ilustrados, hallámonos sobradamente dispuestos á arreglar y á interpretar la palabra de Dios según ellas, como se ha dicho:

«En mi orgullo, creí temerariamente que la débil ciencia que poseía era para el Creador poder extraordinario, medida cierta é infalible». ⁽¹⁾

Las cosas no andan mejor en los dominios de la literatura y del arte. Por doquiera en que la manía del ingenio y de la estética—por costoso é inútil que pueda ser eso—se ha hecho cuestión de moda, y nos asegura el favor del mundo, perdemos, con ligero corazón, el tiempo y el dinero, nuestra formalidad y nuestro recogimiento. Siempre tenemos tiempo y dinero para comprar y leer la literatura profana, divertida, peligrosa; mas hallámonos muy pobres y con sobrada prisa para procurarnos y para estudiar la literatura honesta.

Pero hay más. Hay además la desdichada manía de ocuparse en política. ¡Ay! No se puede prescindir de eso. Pues bien, ese escollo es quizá todavía más peligroso que los que acabamos de indicar. Lo que hay de malo en eso, es que uno dase á ello con una pasión y un gozo no empleados en los estudios juveniles, y que se la considera co-

(1) Tasso, *Jerusalén libertada*, 14, 45.

mo tarea propiamente dicha, en vez de considerarla como un mal necesario. Si se nos ofreciese como medio enfadoso para llegar á fines más elevados, santos, sentiríamos la necesidad de apartar sus peligros, mediante un celo tanto mayor en la oración, el estudio, el recogimiento y la vida según la Iglesia. Pero no es así. La política hízose para nosotros casi un fin que sustituye á la oración y al servicio de Dios. Desaparecemos en ella; sin ella no podríamos vivir. Una reunión pública sin nosotros sería imposible. El lunes, día en que no recibimos nuestro periódico, apenas tenemos en que ocuparnos intelectualmente. Recitar el Oficio por la tarde, hacer nuestra meditación por la mañana, tener lectura espiritual y visitar al Santísimo en el día; llevar vida de oración y de trato íntimo con Dios, todo eso hémoslo olvidado desde que tal movimiento se apoderó de nosotros. Después de haber hecho por la mañana en la iglesia aquello de que no podíamos dispensarnos, apresurámonos á volvernos á casa. Al lado de nuestro desayuno, esperamos los periódicos. Desde este momento, acabóse todo. No se trata de prepararse para la cátedra ó para un sermón, ni se trata de serios estudios. Las cosas más fútiles y más entretenidas absorben nuestra atención. Son las que ocupan nuestra conversación en la mesa, constituyen el asunto de nuestras conversaciones por la tarde en las visitas, por la noche en las reuniones, y mucho después, avanzada la noche, en el mundo. No habría manera de decir qué tiempo precioso nos hace sacrificar todo eso, y qué debilidad intelectual resúltanos de ahí.

¿Quién piensa todavía en cosas referentes al espíritu, en esa especie de continuo vértigo? ¿Quién podría entonces darse á una labor intelectual cualquiera? ¿Pero qué decimos? ¿Quién pretendería tan sólo exigir la lectura de un libro formal por parte de una víctima de esa tendencia? ¿Quién podría encontrar en esas esferas un hombre que hubiese estudiado los Padres de la Iglesia, los teólogos y los intérpretes de la Sagrada Escritura? Algunos tomos

de sermones cómodos para las necesidades del momento, algunas revistas de teología práctica, algunas novelas y algunos periódicos ilustrados, he ahí lo que, la mayor parte del tiempo, hace el gasto del alimento intelectual de las personas de quienes hablamos.

¡Y nos admiramos de que lisonjeando así el mal espíritu de la época, el impulso del Espíritu Santo, que nos mueve á que lleguemos á algo más serio, á la completa realización de lo sobrenatural en nosotros, se comprenda tan poco, encuentre tantos obstáculos, y se haga lugar tan despacio!

«¡Ay! Señor Jesús,—exclama una santa vidente, que vivía en época más seria que la nuestra—necesario es que así me queje, al ver en ciertas personas tan gran ceguera. Son eclesiásticos, y, no obstante, temen á la gracia de la devoción interior. En ese número, veo también religiosos, y entre éstos, á muchos que pasan por prudentes y sabios. Cuando la misericordia de lo alto derrama tantos rayos en el alma, que no le es dado sustraerse á la luz, y debiera arder y fundirse, el sentido humano ciego quiere entonces cambiar lo celestial por lo terrestre. No,—dice—necesario es que me haga útil al mundo por medio de obras exteriores. ¡Ay! Señor, cuidar del cuerpo y vivir de tal suerte que su ejemplo enseñe el amor y la imitación del espíritu del mundo, he ahí lo que llaman ellos sabiduría». (1)

7. Nuestra salvación y la tarea que nos corresponde consisten en renovar el pensamiento y la vida cristiana por medio de la Iglesia.—Con todo eso, no podemos disimularnos que somos en parte causa de los males de la época y de la gran miseria que sobre nosotros pesa.

No debemos acusar siempre únicamente á los enemigos declarados del reino de Dios. Procediendo así, nada conseguimos mejorar. Tampoco estaría eso conforme con la verdad. Puede suceder que los defectos sean mayores en otra parte, pero no impide que tengamos los nuestros.

(1) Mechtild. Magdeburg., *Luce divinitatis*, 5, 11.

«De tu seno brota la perdición, ¡oh! Israel»,—dice el Espíritu de Dios.—(1) «No acuses á quienes no puedes mejorar, pero golpéate el pecho. Tienes en ti bastantes motivos para humillarte». (2)

El mismo concilio Vaticano tuvo que hacer la siguiente declaración: «Por medio del racionalismo ó del naturalismo, este gran enemigo de la religión sobrenatural,—dice—el espíritu de la época trata de arrojar al Cristo de los corazones, de la vida y de las costumbres de los pueblos, para establecer un supuesto reino de la naturaleza y de la razón. Desgraciadamente, muchos hijos de la Iglesia hanse dejado apartar, á causa de él, del camino del verdadero temor de Dios. Sucede entonces que debilitan las verdades de la Revelación, causan daño al espíritu católico, y admiten pareceres que le son enteramente extraños. Confunden la naturaleza y la gracia, mezclan la ciencia humana y la fe divina, desfiguran el verdadero sentido de las doctrinas reveladas, y ponen así en peligro la verdadera fe». (3)

Así, pues, de nada sirve lamentarse constantemente de este mundo ruin, seductor, é irritarse contra él. Ni siquiera basta con implorar el socorro de Dios. Dios no nos enviará ángeles del cielo para decirnos, de milagroso modo, cómo podemos salir del apuro. No necesita suscitar profetas. Esperamos siempre un ejército de nuevos santos para renovar la faz de la tierra. Efectivamente, serían muy necesarios los santos. Pero, siendo como actualmente somos, si viniesen Henoch y Elías en persona, nada podrían hacer, porque encontrarían por parte nuestra la mayor resistencia y los obstáculos más insuperables. Seríamos los primeros en venderlos por unas cuantas monedas de plata, como restos de una civilización desaparecida mucho tiempo atrás. Les miraríamos como fanáticos molestos, únicamente destinados á aniquilar nuestra obra de ecuación con el mundo, y les rogaríamos que abandonasen nuestra ciu-

(1) Oseas, XIII, 9.

(2) Mich., VI, 14.

(3) Concil. Vatic., *Constit. de fide cathol. introd.*

dad, como los filipenses lo hicieron con Pablo y Silas, ⁽¹⁾ si no llegáramos hasta querer precipitarlos de lo alto de un monte, como si fuesen perturbadores enojosos. ⁽²⁾

Por esa razón, esperando, no debemos admirarnos de que nuestra época tenga tan pocos grandes hombres, y, diríase, ningún santo. «¿Á que enviaros santos para los cuales no hay lugar, santos á quienes ni siquiera comprenderíais?—responderíanos Dios, si se los pidiésemos.—Si comprendieseis en qué consisten vuestra fuerza y vuestro honor, no pediríais milagros, y no esperaríais santos, sino que vosotros mismos haríais milagros, y vosotros mismos seríais santos. Sin embargo os he confiado lo sobrenatural. ¿Qué más necesitáis? Comprended tan sólo esto: Mi gracia ⁽³⁾ y mi Iglesia os bastan. Estaré con esta última hasta la consumación de los siglos. ⁽⁴⁾ Hele dejado toda verdad ⁽⁵⁾ en herencia. ⁽⁶⁾ Ella es columna y fundamento de la verdad. ⁽⁷⁾ Y mi espíritu que está en ella, y mis palabras que puse en su boca, permanecerán allí eternamente. ⁽⁸⁾ Posee la virtud de renovarse siempre por sí misma, y de renovar á cuantos tienen su espíritu».

Así, pues, el único medio para quien pretenda realizar en sí la renovación necesaria, consiste en unirse á la Iglesia con toda la fuerza de que son capaces su propia inteligencia y su propia voluntad, con todo el entusiasmo que pueda excitar en su corazón, en penetrar en ella como el ingerto en la rama, en hacer que pase á sí propio su vida, su manera de ver y de obrar, y en transformar, bajo la influencia de su espíritu, su pensamiento y su conducta en un pensar y en una conducta verdaderamente sobrenaturales. En tales condiciones, será dado responder á todas las necesidades y á todas las exigencias de la época.

8. El camino que lleva á lo sobrenatural está en someterlos á la Iglesia.—Por el momento, hablemos tan

(1) Act. Ap., XVI, 39.—(2) Luc., IV, 29.—(3) II Cor., XII, 9.

(4) Matth., XXVIII, 20.—(5) Ioan., XVI, 13.

(6) I Tim., VI, 20; II Tim., I, 12, 14.

(7) I Tim., III, 15.—(8) Is., LIX, 21.

sólo de la obligación de aprender á pensar y á creer de manera sobrenatural.

Es la misión más apremiante que se debe cumplir, pues el espíritu de fe hállase bien perjudicado entre nosotros. Nuestra manera de pensar apenas tiene nada de sobrenatural. Parécenos, no obstante, que podemos decir que creamos. ¿Pero tenemos la fe sobrenatural? No toda fe es la virtud teologal de la fe. Hay también una fe humana, y ésta no es en manera alguna el fundamento de la salvación. Débese á contentarnos con ella, el que tan mal aceptemos las doctrinas de la verdadera fe. Somos extraños. Cuanto más familiares nos son, cuanto más pierden de su influencia sobre nosotros, más se nos ofrecen como otras verdades naturales.

Sí, he ahí nuestro error. Vemos en las verdades sobrenaturales verdades que apenas difieren de las verdades naturales. Nuestro propósito consiste en hacer á nuestro espíritu señor absoluto de unas y otras. Las dominamos, criticámoslas, trazámoslas según nuestra fantasía, formámoslas según nuestro pensar y como bien nos parezca.

Sin embargo, lo contrario es lo que debiera suceder. No según nuestro pensamiento debiéramos transformarlas, sino que según ellas debiéramos pensar. Si las acomodamos á nuestra manera de ver, tórnanse entonces en verdades naturales, y aun en menos que eso. Pero si nuestro espíritu ha de recibir algo sobrenatural, debemos disponer con toda sinceridad nuestra manera de pensar conforme á esto. Únicamente de esta suerte responderemos á nuestra misión de cristianos.

Hallámonos unidos á Jesucristo como el sarmiento á la cepa, ⁽¹⁾ como el ramo bravío lo está al árbol manso. ⁽²⁾ No es el sarmiento quien da la savia á la cepa; sino la cepa quien se la da al sarmiento. Ingertar una rama en un tronco manso, como sucede en el mundo de lo sobrenatural, es operación contraria á la naturaleza, como dice el

(1) Ioan., XV, 1 y sig.

(2) Rom., XI, 17, 24.